

NOTAS A PROPÓSITO DE LA REVISTA *EL ESPECTADOR* (1930)

Alejandro Ortíz Bullé Goyri*

Durante el año de 1930 aparece en la ciudad de México una de las publicaciones especializadas en teatro y espectáculos de mejor memoria, se trató nada menos que de la revista *El espectador*, dirigida por Humberto Rivas y con la participación de los miembros de Los contemporáneos interesados en el teatro (Celestino Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Salvador Novo...) quienes firmaban sus artículos y colaboraciones con el seudónimo de Marcial Rojas artículos polémicos en torno al teatro en México y el mundo.¹

* UNAM-UAQ.

¹ Véase Meyran, Daniel, "Discours culturel et codes idéologiques : une lecture de la revue *El Espectador* au Mexique, en 1930", *América, Cahiers du CRICCAL (Le discours culturel dans les revues Latino-Américaines de l'entre deux-guerres, 1919-1939)*. Num. 4/5, 1992, pp. 125-136.

Y para un mayor acercamiento a las revistas teatrales en México, véase también Ortíz, Alejandro, *et. al.* "Panorama de las revistas especializadas en teatro en México" en *Repertorio, revista de teatro de la Universidad Autónoma de Querétaro*, núm. 20, Dic. 1991, pp. 56-60.

El Espectador de 1930, se asumía como una publicación que pasaría por las armas de la crítica al teatro, al cine, al arte y a la literatura de su tiempo, tanto nacional como extranjera. En la editorial con que inicia la revista se advertía que:

(...)el crítico es también un creador. Colabora y orienta. En esta virtud orientadora del crítico radica precisamente una de las más delicadas disciplinas sociales: la de la formación y conservación de la sensibilidad colectiva.²

Y ciertamente, con una visión creativa, a lo largo de 1930 la revista *El espectador* hacía un balance de la creación artística de México y del mundo —con especial énfasis en el arte escénico— no exento de la intención de generar polémica, al mismo tiempo que difundir en el público mexicano lo que se ofrecía de nuevo en los distintos terrenos de la creación.

² "Inicial, la crítica y el público", *El Espectador, teatros, cines, arte y literatura*, año I, núm. 1, México, 23 de enero de 1930, p. 1.

La revista se sostenía a partir de un peculiar financiamiento de la empresa tabacalera El Buen Tono, cuyos eslogans publicitarios eran realizados por los mismos redactores y que aparecían en recuadros entre los distintos artículos publicados, con una cierta dosis de humor, como lo muestran los anuncios siguientes:

"Si es usted autor dramático, fume ELEGANTES. El aroma de estos cigarros es el mejor camino para llegar a la inspiración"

"El humo de los cigarros JAZZ es para los artistas la escala que conduce a los dominios de la creación y del ensueño. Fúmelos usted y hallará su musa inspiradora"

Con lo cual queda patente que el interés de *El espectador* era primordialmente llegar a un público intelectual y artístico, más que al público que acudía en general a los espectáculos que se ofrecían en la ciudad de México; aunque la revista se expendía a las afueras de los locales teatrales a un costo de diez centavos

El Espectador exponía y promovía las ideas estéticas en materia teatral de Los Contemporáneos y asumía por tanto una actitud beligerante con relación a la vida teatral del México de entonces, como ocurrió con el montaje de Roberto Lago a la obra de León Tostoi *El primer destilador*, el cual fue producido por la Universidad Nacional y que marca en algún sentido los orígenes de

lo que años y décadas posteriores sería el teatro universitario.

Por su valor dentro de las polémicas surgidas a propósito de los diversos movimientos y tendencias del teatro mexicano post-revolucionario, así como por el sentido testimonial que contiene en torno a los diversos discursos que han sostenido el desarrollo de un teatro universitario en México, citaremos un fragmento del artículo de Jorge Cuesta aparecido en el número 27 de *El Espectador* de 5 de junio de 1930, firmado por un tal "C"³:

Se empieza a anunciar el próximo debut de un conjunto teatral patrocinado por la Universidad, que actuará en el Teatro de la Secretaría de Educación.

Colaboradores nuestros han abogado en otras épocas por que se hiciera teatro en la Universidad, de modo que nos toca en los primeros en aplaudir en principio el interés que ahora demuestra aquella por los asuntos teatrales, no sin poner reparos a la forma -un poco informe- en que se iniciarán esos trabajos, con riesgo de que se trate, una vez más, de una improvisación a la mexicana con fracaso seguro anticipado.

No sabemos hasta qué punto la Universidad, no obstante su interés plausible, haga bien en patrocinar a un grupo sin antecedentes en el teatro ni como profesionales ni como aficionados, para que, sin un programa determinado, sin un fin cultural o artístico que se pueda deducir por lo pronto, de la primera obra de su repertorio, inadecuada para abrir un ciclo ordenado cualquiera hagan representaciones en público. Sabemos que el espíritu que guía a los fundadores de ese teatro es de hacer representaciones populares con un fin moralizante, pero entendemos que no son esas funciones del resorte de una Universidad institución de cultura, de alta cultura, y creemos, por grande que sea el espíritu popular de los directores de la Univer-

sidad, que mientras ésta tenga ese nombre, se le debe exigir que cumpla sin compromisos con la cultura.

A nuestro entender, el teatro, indispensable en la Universidad, no cabe dentro de ella más que de los modos siguientes: como Club Dramático para la representación de obras clásicas, para completar la cultura literaria de los estudiantes. Como carrera para actores, escenógrafos, directores, etc. Como investigación teatral para las personas dedicadas a la dramaturgia, con su correspondiente teatro experimental. Todos los ensayos que se hagan fuera de esos términos, son antiuniversitarios y corresponden a corporaciones oficiales o particulares, que tienen libertad de hacer teatro con fines interesados o gratuitos, de acuerdo con su nivel social y cultural.

Sin embargo, volvemos a aplaudir que de un modo u otro se haya interesado la Universidad por el teatro, con la esperanza de que esto pueda ser un principio, si no lo ahoga su fracaso, de lo que en materia teatral pueda y deba hacer la Universidad.

En otros números de *El espectador* la mira apunta a criticar acremente el trabajo del grupo de dramaturgos conocido como el grupo de los Siete Autores, conocido también de manera popular y un tanto irónica como el grupo de "Los pirandelos", sin faltar los sarcásticos comentarios a la calidad artística de las representaciones que semana a semana inundaban la cartelera teatral de la ciudad de México, sin faltar el teatro de revista.

Así como también reseñas de trabajos de artistas que comenzaban a descollar mundialmente como Salvador Dalí.

La revista se encuentra casi la colección completa en la Hemeroteca Nacional y el crítico e historiador del teatro Antonio Magaña-Esquivel realizó en los años sesenta una antología de la publicación para el INBA⁴

Pero *El espectador* de 1930 no ha sido la única revista que ha ostentado dicho título; Daniel Meyran en el artículo citado en las notas a pie de página hace una lista de otros "Espectadores" que le antecedieron:

1851 *El espectador de México* "revista de Religión, Ciencias, Literatura y Bellas Artes"

1878 *El espectador*, otra revista dedicada a reseñar el quehacer teatral.

1959 *El espectador*, órgano de difusión del grupo cultural integrado por Luis Villoro, Carlos Fuentes, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero, entre otros, que propugnaba por "ver de frente la realidad del país para transformarla, en una revista de izquierda de buen nivel intelectual, ajena a todo sectarismo".⁵

El Espectador de 1930 resulta ser desde nuestro punto de vista una de las revistas sobre crítica y reseñas de espectáculos más completas que se hayan realizado en México y fue una pena que su duración haya sido tan corta y que por consecuencia no se haya notado con claridad su influencia directa en el quehacer teatral del México postrevolucionario.

Sin embargo, su lectura en la actualidad ofrece testimonios muy útiles para adentrarnos en el mundo de las polémicas artísticas de entonces. Ojalá que en algún momento a alguna despidada institución se le ocurra realizar ediciones facsimilares de revistas teatrales como *El espectador* de 1930 y otras más que pudieran ayudarnos a repensar la importancia y el lugar del teatro en el arte mexicano del siglo XX

3 El cual o bien fue Celestino Gorostiza o Jorge Cuesta, quien sí asume la autoría de la diatriba aparecida en el número 26 de la misma revista del 17 de julio.

4 Magaña Esquivel, Antonio, "El tiempo de *El espectador*", en *El espectador. Una revista*

mexicana de 1930, (pról. y selecc. de Antonio Magaña-Esquivel) México, INBA (colecc. Ayer y Hoy, 7), 1969, pp. 7-16.

5 Meyran, Daniel, *op. cit.* p. 130.